

tiempo, invaden la tierra; e intentan llegar a todo hombre» (p. 98). «La nueva relación del hombre con Dios se origina en el sacrificio de la Cruz, la Misa hace presente continuamente el Origen de todos los Sacramentos, la Fuente de toda comunicación sobrenatural. Por esta razón, es el centro de la vida nueva del sentido religioso» (pp. 89-99).

El conjunto de esos gestos sacramentales es la liturgia. En ella ha de buscarse «el instrumento más perfecto de educación del sentido religioso» (p. 99) en el tiempo presente. Giussani concluye propiciando que desde el espíritu de la liturgia los cristianos sepan animar «el movimiento de la historia y del cosmos» (p. 100).

El hilo del pensamiento va surgiendo, a lo largo del texto, de una patente inspiración bíblica, bien articulada con referencias a la cultura contemporánea.

En conclusión, he aquí un programa sugerente que quiere llegar a descubrir lo específico del cristianismo en diálogo con el hombre de hoy. El autor ofrece un compendio de notas e ideas para orientar una Introducción al Cristianismo desde el fenómeno religioso.

Giussani afronta la tarea sin edulcorar las exigencias de la fe cristiana. Por ello, su obra puede aportar sugerencias muy útiles para la enseñanza de la religión en las escuelas.

JOSÉ MIGUEL ODERO

Miguel Angel TABET, *Una introducción a la Sagrada Escritura*, Madrid, Ed. Rialp («Naturaleza e Historia», 50), 1981, 188 pp., 12 × 19.

El interés de este libro es puesto de relieve por la presentación que hace de él Mons. Salvatore Garofalo, miembro de la Pontificia Comisión Bíblica, y Secretario para la Pontificia Comisión de la Neovulgata. Con palabras del ilustre biblista se puede decir que el Dr. Tabet, profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Navarra, «con intención feliz, se ha tomado la tarea de recordar los principios fundamentales de una correcta lectura de la Biblia a la luz de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, a cuya doctrina se remiten las grandes encíclicas modernas que han señalado las etapas de renovación y de progreso en los estudios bíblicos de la Iglesia (...) y la misma Constitución conciliar *Dei Verbum* (n. 11)» (p. 10). Se trata por tanto de una obra de corte clásico que quiere recordar al mundo de la exégesis bíblica puntos fundamentales que nunca se deben olvidar. En este sentido puede ser de gran utilidad para los profesores de Introducción a la Sagrada Escritura.

La obra consta de una Introducción (pp. 13-19) y tres capítulos. Al final se presenta un índice de materias y otro de textos citados del Magisterio, de la Sagrada Escritura y de Santo Tomás (pp. 163-181).

El primer capítulo, *La índole sagrada de la Biblia*, está dedicado a profundizar en las consecuencias que se derivan del origen divino de la Sagrada Escritura; la fe en este punto constituye el «fundamento principal de la exégesis de Santo Tomás» (p. 22): *Auctor sacrae Scripturae est Deus* (*S. Th.*, I, q. 1, a. 10, c). Se destaca en primer lugar la singularidad de la

acción divina en la composición de los libros sagrados, acción que el Santo compara a la actuación de Dios en los milagros, ya que, como en éstos, el efecto final supera las fuerzas de cualquier criatura (cfr. pp. 29-30): de ahí que se trate de una obra *propia* de Dios, que ninguna criatura puede apropiarse (cfr. p. 32). A la vez, se resalta la sobreabundancia de sentido que poseen los libros de la Escritura, al señalar cómo «Dios expuso en cada palabra mucho más que cuanto todos los comentaristas juntos pueden llegar a alcanzar» (p. 35), de tal forma que se contiene en la Biblia la mayor sabiduría, al poseer algo de la misma Sabiduría divina (cfr. p. 39).

Mediante los libros inspirados Dios habla a todos los hombres: no los dejó «para unos pocos hombres o para una élite de intelectuales, sino para los humildes de corazón» (p. 46). Recuerda el autor que esos libros están para unirnos con Dios; de ahí que la Escritura sea santa no sólo por su Autor y su contenido, sino también porque santifica y conduce a la gloria (cfr. p. 53). Al explicar la inteligencia de la Sagrada Escritura se detiene en la consideración de la fe como condición radical para captar el verdadero sentido de los libros sagrados: por eso han sido los Santos Padres quienes más han podido penetrar en la verdad revelada. De ahí la profunda veneración que el Doctor Angélico sintió por la interpretación patristica, que ha de ser siempre guía necesaria en todo trabajo escriturístico (cfr. pp. 59-62).

Al estudiar en este contexto las relaciones entre exégesis y filosofía, el Dr. Tábet insiste en la necesidad de una filosofía correcta para poder hacer una buena teología, y, en consecuencia, una buena exégesis (pp. 66-70). Finalmente recuerda, con algunas citas del Doctor Angélico especialmente esclarecedoras, que las rectas disposiciones en la inteligencia y en la voluntad son condición necesaria para poder desarrollar una tarea teológica fructífera: «En el trabajo exegético, la vida de la gracia no sólo es algo conveniente, pero accidental; es condición básica y fundante para tener un recto conocimiento de Dios, de sus obras, y, por tanto, de lo que de Sí nos enseña en las fuentes de la Revelación» (pp. 72-73). Con lo cual el estudio exegético, como toda tarea teológica, se inserta en el desarrollo de la espiritualidad (p. 79). No existe una exégesis «científica» sin una fe activa

*El lenguaje de Dios en la Biblia* es el título del segundo capítulo, dedicado a estudiar —siempre a la luz de los textos de Santo Tomás— al hagiógrafo en cuanto instrumento de Dios, y el lenguaje inspirado de la Biblia. El estudio sobre la instrumentalidad del hagiógrafo resulta, en mi opinión, una de las partes más interesantes y profundas del libro. «El autor principal de la Sagrada Escritura es el Espíritu Santo; el hombre autor instrumental»: esta afirmación de Santo Tomás en el *Quodlibetum* VII (q. 6, a. 16, c) es estudiada y desarrollada con detenimiento por el profesor Tábet, extrayendo fructíferas conclusiones de la aplicación de la noción metafísica de la causalidad al proceso de la inspiración. Entre tales conclusiones merecen ser destacadas, a mi juicio, la afirmación de que el hagiógrafo, al hacer su trabajo movido por Dios, realiza algo «que estaba muy por encima de las energías de su naturaleza» (p. 93); y la explicación de que, por medio de la inspiración, Dios es «también autor literario en sentido verdadero y propio» de los libros sagrados (p. 95).

El A. aborda también en este capítulo otro gran tema que titula «El excedente divino del lenguaje bíblico». Con esta frase expresa la sobreabundancia de sentido en la Sagrada Escritura, que es causada por la acción de Dios y que excede las posibilidades del hagiógrafo. Al tratar del sentido literal y espiritual de la Escritura, el profesor Tábet pone de relieve cómo «para Santo Tomás, el sentido literal no se reduce a lo intentado por el hagiógrafo, sino que es el intentado por Dios en las palabras inspiradas» (p. 98); de ahí que sería falsear este sentido «reducirlo a lo que el autor humano intentó expresar» (p. 101). El sentido espiritual —en el que las realidades expresadas por los vocablos significan a su vez realidades futuras— es exclusivo de la Biblia, y es un lenguaje propio y exclusivamente divino, aunque el hagiógrafo haya podido entreverlo por luz sobrenatural (cfr. p. 103). También se hacen algunas consideraciones interesantes sobre el lenguaje divino y humano de la Escritura, y su perenne actualidad.

En el tercer capítulo, *El uso de las ciencias humanas en la hermenéutica bíblica*, se examina lo referente a la utilidad, estatuto y buen uso de las disciplinas auxiliares en la ciencia bíblica. Estos puntos se aclaran con la conocida frase del prólogo al *In Boetio De Trinitate*: «Aquellos que usan los conocimientos humanos en la Sagrada Escritura, dirigiéndolos en obsequio de la fe, no mezclan agua y vino, sino que convierten el agua en vino». La utilidad de esas disciplinas será mayor en la medida que no se olvide que la exégesis es teológica, y su método es teológico. Resultan interesantes las consideraciones sobre la importancia de la filosofía en la fundamentación de la exégesis bíblica, y sobre el modo en que los resultados de ésta vienen condicionados por los presupuestos filosóficos que toda exégesis tiene en su punto de partida (cfr. pp. 125 ss.). El uso proporcionado y sereno de esas disciplinas debe tener en cuenta que su función es contribuir en su orden a sostener lo que la Iglesia siempre ha enseñado y creído (cfr. p. 160).

He querido dejar para el final los dos puntos que considero más destacados de la obra del profesor Tábet. En primer lugar, la solidez de sus argumentaciones metafísicas, que manifiestan su profundo conocimiento de las obras de Santo Tomás, como pone por otra parte de relieve el amplio índice de textos que se recoge en las páginas finales (pp. 177-181). En segundo lugar, las frecuentes aplicaciones que, a la luz de los principios que expone, va sacando para el trabajo del exégeta y que resultan, en mi opinión, muy útiles y de gran actualidad. Así, por ejemplo, cuando se refiere al peligro que supone abrir un corte radical entre la Sagrada Escritura, y la Tradición y el Magisterio de la Iglesia (cfr. pp. 32-33; 44-45); o cuando habla del sinfín de cuestiones inútiles a que se reducen con frecuencia los estudios sobre la Sagrada Escritura en manos de quienes pretenden trabajar sobre ella sin fe (pp. 63 ss.); también las consecuencias que en los trabajos exegeticos de los últimos años ha tenido la asunción como fundamento de ciertas filosofías (cfr. pp. 69-70; 128-130; 142-143); etc.

En resumen, pienso que el agradable libro del Dr. Tábet resulta realmente útil. De una parte, porque recuerda que la doctrina de Santo Tomás, como señala Mons. Garofalo en la presentación, es el más seguro punto de referencia «para la inteligencia de la fe y para hacer de la lectura

de la Biblia no mera tarea de estudio y erudición, sino lectura *sagrada*, fundada sobre un estudio correcto, sin el que la lectura *espiritual* tendría escasa consistencia» (p. 11). Por otra parte, el autor establece dos principios importantes a la hora de trabajar en los libros sagrados: en primer lugar, que la exégesis es teológica, y su método por tanto debe ser teológico; en segundo lugar que la fe es condición imprescindible para poder desarrollar con corrección ese trabajo. Se trata, sin duda, de cosas conocidas, aunque, desgraciadamente, a la hora de la exégesis *in actu* no son siempre aplicadas. El Prof. Tábet tiene el mérito de haber recordado su importancia y su fecundidad.

GONZALO LANDÁBURU

Pierre-Marie BEAUDE, *L'Accomplissement des Écritures*, Paris, Ed. du Cerf (Col. «Cogitatio Fidei» n. 104), 1980, 343 pp., 13,5 × 21,5.

El libro lleva por subtítulo *Pour une histoire critique des systèmes de représentation du sens chrétien*: es ya una aproximación al contenido, que consiste, sustancialmente, en una exposición, más o menos crítica según los casos, de los modos de entender las profecías del Antiguo Testamento y sus correlativas maneras de concebir su cumplimiento en Cristo y en el Nuevo Testamento. Se trata, pues, de un ensayo de historiar un buen número de actitudes hermenéuticas en relación con el tema. El campo de observación se extiende desde los escritos de los apologistas católicos de la segunda mitad del siglo XIX hasta los sistemas hermenéuticos de nuestros días. A la historia de ese período preceden unas consideraciones sobre las figuras anteriores de Blaise Pascal y de Richard Simon, a los que, según el A., los exégetas de un siglo acá recurren, más o menos explícitamente, como a los «antepasados» en los que pretenden encontrar sus respectivas raíces ideológicas y culturales.

Según ese plan, el A. dedica un primer capítulo (pp. 15-37) a la búsqueda en Pascal del «antepasado» por parte de exégetas como M.-J. Lagrange, R. Jolivet, A.-M. Dubarle y J. Coppens, investigadores de las profecías en general y de los textos mesiánicos en particular. Un segundo capítulo (pp. 39-77) intenta mostrar cuánto mejor hubiera sido si todos ellos hubieran seguido más decididamente los horizontes y caminos abiertos por Richard Simon.

Una segunda parte comprende otros dos capítulos. El primero (pp. 83-137) recensiona las posturas exegéticas acerca de las profecías veterotestamentarias sostenidas por los apologistas católicos, sobre todo por los redactores del *Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique*, dirigido por J.-B. Jaugey y comenzado a editar en 1889, habiendo sido los colaboradores más representativos, en relación con nuestro tema, T. Lamy, J. Corluy y J. Knabenbauer. En el mismo capítulo se trata también del surgimiento de la «exégesis dogmática» o «teológica», de la que recensiona, como figuras más sobresalientes, a P. de Broglie y J. Touzard. Un segundo capítulo de esta parte comienza por presentar el «espacio» que se ha de